

en realidad estaba ya agotado y casi moribundo, cuando le dió muerte Carlota Corday.

La elocuencia política que había hecho nacer la Revolución, murió con la libertad el 18 de brumario. Un solo orador tomó entonces la palabra y la conservó, fué Napoleón. Hombre de acción, no fué un retórico, pero tenía el poder de la elocuencia y se sirvió de él para gobernar. Sus proclamas al ejército son obras maestras de este género. La idea es sencilla, accesible á todos, la frase corta y nerviosa, las palabras significan siempre algo. No carece de belleza esta elocuencia práctica.

La primera de sus proclamas al ejército de Italia es célebre: « Soldados, estáis mal alimentados y casi desnudos; el gobierno os debe mucho y no puede nada por vosotros. Vuestra paciencia, vuestro valor os honran, pero no os proporcionan gloria ni ventaja. Quiero llevaros á las llanuras más fértiles del mundo; allí encontraréis honor, gloria y riqueza. Soldados de Italia ¿ careceréis de valor? »

El Memorial, el diario de Santa Elena, redactado durante diez y ocho meses por Las Cases y que relata fielmente las acciones y discursos del Emperador, contiene algunas buenas páginas de género análogo; aun durante las veladas del destierro, aun en sus conversaciones y sus cartas sigue siendo Napoleón orador, y más de una vez, bajo el estilo impersonal y frío del secretario, encontramos la concisa é imperial elocuencia de las proclamaciones. Acordaos de la protesta del vencido contra la traición de Inglaterra, página inolvidable y ardiente en que vibran la cólera y el orgullo herido. « Apelo á la historia: ella dirá que un enemigo que hizo durante veinte años la guerra al pueblo inglés, fué libremente, en medio de su infortunio, á buscar un refugio al amparo de sus leyes. Pero ¿ cómo respondió Inglaterra á semejante magnanimidad? Fingió tender una mano hospitalaria á su enemigo y, cuando lo tuvo en su poder, le inmoló. »

Pero entonces Napoleón había roto la máscara de Bonaparte. Las campanas de 1804 anunciaron el advenimiento de los tiempos nuevos; la coronación del emperador y el adiós al siglo diez y ocho. Ahora empieza el siglo diez y nueve que vamos á estudiar.

SIGLO XIX

CAPÍTULO I

Chateaubriand, su vida. — Sus obras. — Su carácter. — El Viajero. — El Itinerario. — En América. — En Italia. — El Novelista. — *Los Natchez*. — *Atala-Renato*. — *El Genio del cristianismo*. — El artista. — *Los Mártires*. — Política y Religión. — Crítica literaria. — Las poesías. — *Memorias de Ultratumba*. — Conclusión.

Si Chateaubriand recorrió el globo y paseó su turbulento humor á través del antiguo y el nuevo mundo, hay sin embargo ciertos sitios que han conservado más particularmente su memoria; y si el Niágara no recuerda de un modo invencible á su ilustre visitante de una hora, por lo menos se visita hoy á Saint-Malo, el Gran-Be, Combourg, El Valle de los Lobos y la calle du Bac, así como la antigua Abbaye-au-Bois, como peregrinación debida á su gloria; estos sitios indican otras tantas etapas de su larga vida, referida minuciosamente por él mismo y resumida frecuentemente con altivez, como se lee en el prefacio general de sus obras completas:

He atravesado varias veces los mares; he vivido en la cabaña de los salvajes y en el palacio de los reyes; en los campos y en las ciudades. Viajero en los campos de Grecia y peregrino en Jerusalén, me he sentado sobre toda clase de ruinas. He visto pasar el reinado de Luis XVI y el imperio de Bonaparte; he compartido el destierro de los Borbones y he anunciado su vuelta.

Fué larga su vida, pues duró ochenta años. Había empezado en Saint-Malo en la humilde calle de los Judíos. Aun existe su casa natal: ha sido agrandada, modernizada y dispuesta para hotel: la habitación donde nació tiene el N° 5!

Se han conservado los viejos muebles de damasco y tapicería. Allí se ve colgado el retrato del grande hombre coronado por la divisa de su familia:

Mon sang teint les bannières de France!

Mi sangre tiñe las banderas de Francia.

Pertenecía en efecto á una antigua y noble raza, cuyo nombre ha ilustrado los anales de Bretaña. Habiendo quedado viuda y pobre su abuela, habitaba una casa solariega cerca de Dinan; tenía quinientas libras de renta para educar á sus cuatro hijos. Tres de ellos se fueron á buscar fortuna. El cuarto, que debía ser el padre de Chateaubriand, se quedó en la casa, y su madre pensó en hacer de él un oficial de marina. Vendió sus joyas y sus encajes para equiparle; pero, por falta de protección, no pudo conseguir el nombramiento. Renato, — pues tal era el nombre del hijo en cuestión — partió en busca de aventuras. Alistóse en Saint-Malo en una goleta de la flota que iba á socorrer á Leczinski en Dantzig. Batióse con bravura y fué herido al lado de Plelo (1734). Llevó una existencia muy aventurera, fué á las Islas y dió pruebas de audacia y resistencia. Era un hombre de gran energía, alto y seco, de nariz aguileña, de ojos hundidos y vivos, de cejas abultadas de elevado y soberbio porte, con aire de conquistador ó de pirata, muy pagado de su nobleza y orgulloso de su nombre. Habíase agriado su carácter al ver herida su vanidad. Era nervioso, irritable, altivo y de ánimo arrebatado. Á fuerza de energía pudo dominarse y pensar en casarse. Tomó por esposa á Apolina de Bedé, que tenía los más lindos ojos del mundo, se sabía de memoria el *Gran Ciro*, conocía todas las anécdotas del tiempo de Luis XIV y era viva, despierta, risueña, sociable, amiga del trato y de las reuniones, — precisamente lo contrario de lo que agradaba al buho de su marido. Por eso no tardaron en perturbar la paz de la familia divergencias, disputas y gritos; — lo cual no impidió que el matrimonio tuviese diez hijos.

Cuatro murieron en temprana edad.

Juan Bautista llegó á ser esposo de una nieta de Malesherbes y murió en 1792 en el cadalso en compañía de aquel íntegro ministro.

Las cuatro hijas: Mariana, Benigna, Julia y Lucila, estaban dotadas de maravillosa belleza.

El Benjamín de la familia fué Renato Franciso, el futuro autor de *Atala*, nacido en 1768, aunque siempre creyó que había nacido en 1769.

Represéntese el lector este nacimiento y esta infancia en la modesta casa de la calle de los Judíos entre los juramentos del padre, las recriminaciones de la madre y el hormigueo de la gente menuda, dos hermanos y cuatro hermanas. Complácese uno en evocar aquellos años de la infancia, al recorrer aquellos lugares que han cambiado muy poco. Los espesos baluartes, las macizas torres, y los viejos árboles presenciaron los juegos del niño Renato que salía por aquella poterna para irse á la playa á pescar, á nadar, á correr por las rocas á flor de agua y á pelearse con los otros muchachos á pedrada limpia. El pasado aventurero de su padre, que había recorrido el mundo, despertaba en él instintos de navegante y de explorador. Miraba con envidia aparejar

las goletas y nunca dejaba de asistir á la partida de los Terranovas. Complaciase en acompañar á los pescadores en sus barcas y en ayudarles en sus maniobras. En su juvenil imaginación, los paseos por el mar se convertían en viajes de altura; el Gran-Be era el fin del mundo; la isla Cézembre, el islote de Harbourg, el Degollado y el cabo Fréhel eran tierras lejanas; y conocía todos los cantiles desde Saint-Lunaire á Rotheneuf y de la Goule-aux-Fées al Gran Chevreuil. Imagínese el lector cuáles debieron ser las impresiones de aquel espíritu juvenil tan sensible al encanto de las cosas, en aquel rincón de tierra á la vez pintoresco y variado, en que sus sueños volaban en torno de las torres del homenaje y de los bastiones de Saint-Malo, de la formidable fortaleza de Solidor y por todos aquellos parajes maravillosos donde las verdeguantes colinas de la Rance forman una decoración sonriente á la trágica guarida de los corsarios de otro tiempo; por las estrechas callejuelas en las que flota un ambiente marítimo, iba á orar á la catedral, donde estaban colgados como *ex-votos* pequeños barquichuelos encerrados en botellas verdes y en la que había un viejo cuadro que representaba á los ángeles empujando hacia la Concua la barca milagrosa del apóstol Saint-Malo.

En aquellos primeros años en que parece que la vida empieza á orientarse, todo contribuía á inspirar á Renato la nostalgia de las tierras lejanas: la salida de los barcos, el movimiento del puerto, el regreso y los relatos de los marineros, el recuerdo siempre vivo y glorioso de los atrevidos corsarios ó capitanes como Jacobo Cartier que descubrió el Canadá, Porçon de la Barbinaie, Duguay-Trouin, Mahé de la Bourdonnais, y Maupertuis que se fué hacia el Polo Norte para medir el meridiano; todos eran hijos de Saint-Malo.

Cuando el maluno Chateaubriand se embarcó para América no hacía más que seguir una tradición local y unirse á sus hermanos, los Terranovas de Saint-Malo.

Á través de los cantiles y de las rocas, en los Bes, en la Varde, en las Noires, en el Port-Blanc, en Guildo, en toda la costa, desde Cancale á Saint-Cast causaban admiración al joven poeta, que dormitaba en el futuro autor de *Renato* los derrumbes, los escollos, las ramblas, las fortalezas, los menires, y las viejas iglesias; todo esto llevaba su pensamiento naciente hacia lo pasado y hacia las cosas lejanas.

El padre de Chateaubriand soñaba con devolver su antiguo brillo á su nombre y á su familia. Por esto compró, en Combourg, el antiguo solar de sus abuelos, al mariscal de Duras.

Á diez y seis kilómetros de Dol, no lejos de los estanques de Trémignon, yergue el castillo de Combourg su maciza silueta de fortaleza del siglo XI. Hay un puente de piedra sobre un estanque que sirve de abrevadero y está cubierto de nenúfares y narcisos; á ambos lados del

camino, que serpentea á lo largo de un cerrillo, pedestal de la fortaleza feudal habitada por Chateaubriand y que pertenece todavía á sus descendientes, se ven dos filas de cabañas de pajiza techumbre.

Cuatro torres angulares bajas, anchas y robustas se hallan enlazadas por unas murallas con barbacana y torreones. Se divisan acá y acullá sobre la desnudez del muro enrejadas ventanas. Llégase á la puerta principal abierta en medio de la cortina y coronada por las armas de Combours, subiendo una escalinata ruda, empinada, de veinticuatro escalones. Aun se ven las cortaduras por donde salían los brazos y las cadenas del puente levadizo.

Los marcos de las ventanas estrechas y treboladas tienen la profundidad del muro en todo su espesor. Forman como unas celdas alrededor de las cuales corre un poyo de piedra. Acaban de dar á esta morada el feroz aspecto de un castillo guerrero escaleras y pasadizos secretos, calabozos, galerías cubiertas y descubiertas y subterráneos murados. En las salas modernizadas se ven retratos de familia. Desde el camino de ronda, se disfruta un panorama maravilloso del que forman parte el inmenso parque, los bosques del Mail, la aldea y el campo en el que surgen acá y acullá campanarios y torrecillas de casas solariégas.

De las cuatro torres de Combours, una es la torre del Cruzado y otra la del Moro, que Chateaubriand recuerda en el *Último Abencerraje*.

La habitación de Chateaubriand era una especie de celda encarada en lo alto de una torrecilla aislada; ahora está convertida en museo de reliquias. Allí se ve la modesta cama de hierro, guarnecida con cortinas blancas en la que murió el gran escritor, una piel de león que había traído de África, pergaminos, libros, grabados, cuadros y bajos relieves inspirados por sus obras. Su biblioteca se halla instalada en el piso bajo; en una vitrina descansa el esqueleto del *Gato del Papa* que trajo de Roma y que se complacía en acariciar madama Récamier.

Siendo niño, Chateaubriand no se veía tratado con dulzura sino por una pobre mujer que le crió, la Villeneuve. Apegóse á ella con pasión y estuvo á punto de morir un día que la despidieron: hubo que volverla á llamar¹.

También profesaba tierno afecto á su hermana Lucila que se veía desdenada y poco querida como él; su madre la vestía con los desechos de sus demás hijas. Lucila, con sus largos y flacos brazos parecía muy desdichada; tenía todo el aspecto de «una cabritilla enferma». Renato le profesó el mayor cariño. Cuando el profesor de escritura hacía ademán de pegarle con la regla en los dedos, se arrojaba sobre él.

1. Merecen leerse los admirables é interesantes cuadros que traza Chateaubriand, en la 1.^a parte de las *Memorias de Ultratumba*, de su infancia y de su triste juventud. (N. del T.)

Era muy desdichado en la casa. Su padre le obligaba á comer los manjares que le repugnaban, y con frecuencia subía á acostarse sin cenar á su alcoba fría y sin fuego.

Pusiéronle en el colegio de Dol (1777). Los días de asueto, el maestro llevaba á sus discípulos á paseo, después de haber atravesado la antigua y pintoresca ciudad de puntiagudos aguilonos, al monte Dol, desde donde el arcángel San Miguel, perseguido por el demonio, emprendió el vuelo para ir á establecer su ermita en el monte que lleva su nombre. También los llevaba al bosque de Ville Cartier, y al Champ Dolent, en el que se yergue un gran menir coronado por una alta cruz de madera y en presencia del cual soñaba ya Renato con las druidesas y con los tiempos primitivos de la Galia. Pasó luego al colegio de Dinan y después al de Rennes. Hacíase notar por su maravillosa facilidad para el trabajo. Tenía ya el orgullo de su padre. Cierta día que hizo méritos para ser azotado, hubo que luchar con él para sujetarle. Vencido y agarrotado, echaba espuma por la boca gritando. *Macte animo, generose puer*. El maestro quedó encantado por aquella erudición tan bien empleada y le perdonó.

Envióle su padre á Brest á casa de su tío, el conde de Ravenelle, jefe de escuadrón, para hacerle conseguir un diploma de aspirante. Á Renato no le gustó Brest, y se volvió á Combours sin avisar á nadie, por lo cual fué bastante mal recibido. Allí permaneció desde los diez y seis hasta los diez y ocho años, período que ha referido en páginas llenas de delicadeza y de penetración extraordinarias, así como el despertar de sus primeras curiosidades de adolescente, las turbaciones de su naciente sensibilidad, las noches silenciosas y solitarias en la atalaya de una de las torres, las veladas en la gran sala baja alumbrada por una sola vela y el ruido de los pasos de su padre, que iba y venía ya desapareciendo en la sombra, ya surgiendo de entre las tinieblas con su gran cuerpo flaco, su rostro enérgico y prolongado y su nariz aguileña.

Á Edgard-Quinet que asistía, en la Abbaye-au-Bois, á la lectura de las *Memorias de Ultratumba* le causó viva impresión el recuerdo de los paseos del padre de Chateaubriand envuelto en un manto blanco por la obscura sala, y decía:

El ruido de aquellos pasos resuena en vuestro espíritu; diríase que son los pasos del feudalismo destronado que va y viene, y que camina y desaparece al fin bajo unas bóvedas encantadas.

Chateaubriand evoca, con la misma conmovedora nitidez, las figuras de su madre y de su hermana Lucila temblando de miedo en aquel castillo desierto, por temor á los aparecidos, y su cuartito que compartía

con las aves nocturnas. Ha trazado, de esta existencia sombría de castellanos pobres, una pintura inolvidable, que explica la tristeza persistente de su carácter y de su vida.

Queríale Lucila tiernamente y mantenían mutuamente la exaltación de su común naturaleza, durante sus largos paseos por el bosque, prestando atento oído al rumor del viento y al murmullo de las hojas que caían á sus pies. Por la noche, íbase errando á la aventura para refrescar con el aire frío la fiebre de sus sienes; y como otro Querubín, abrazaba el aire, objeto de sus locas correrías, invocando á la sílfide desconocida, ante la cual hubiera deseado deponer sus deseos y sus energías. « Miraba la luna á través de la despojada cosa de los árboles ó los cuervos á los que hacía volar de un árbol para posarse en otro; no sentía ni el frío ni la humedad de la noche; el glacial aliento del alba no me hubiera podido sacar del fondo de mis pensamientos, si en aquella hora no hubieran sonado las campanas de la aldea. »

Su vida era penosa y no nos maravilla que le hiciese desesperarse. Su padre le hacía temblar; sentado en la mesa en el borde de su silla, apenas se atrevía á comer, y cubría el sudor su frente.

La Bretaña era aún algo bárbara; como en tiempo de Madama de Sévigné, se veía presa de la superstición, y su rusticidad imponía su sello á la rudeza general de la vida. Young había notado en el siglo XVIII la suciedad de las calles de Combourg, y el extraño capricho de un Señor de Chateaubriand que había encaramado su residencia sobre una roca, que dominaba un conjunto de innobles casuchas á orillas de un lago salvaje. El padre de Chateaubriand era digno de su país, duro, insociable, siempre sumido en glacial silencio ó dominado por una violencia que aterrorizaba á todos los de la casa y comunicó á su hijo un fondo de amargura. Pensó éste en el suicidio; se fué al bosque, se puso el cañón del fusil en la boca y dió con la culata en tierra, pero no salió el tiro. Fué tal su emoción que tuvo una gran fiebre, después de la cual su madre, que se consolaba en los ejercicios de piedad de la tristeza de su vida conyugal, le animó á seguir la carrera eclesiástica.

Una de sus hermanas, Julia, se había casado con el Sr. de Farcy, capitán en el regimiento de Condé.

Lucila, como la Amelia de Renato, turbada, según se dijo entonces, por un obscuro y monstruoso sentimiento, pensaba en el convento.

Cierta tarde que iban de paseo, mientras Chateaubriand parecía divisar allá en lontananza las llanuras de América, al final de las landas bretonas, y hablaba lleno de exaltación con gran vivacidad del espectáculo de los bosques y de los cielos, le dijo Lucila:

« ¡Deberías pintar todo eso! » Cuarenta años más tarde decía él: « estas palabras me revelaron la Musa y pasó sobre mí un soplo divino ».

Mientras Lucila, tomando la pluma, disertaba con el amable candor de sus diez y seis años acerca de la luna, de la aurora y de la inocencia, él también escribía versos. La otra hermana, Julia, se dedicaba igualmente á la poesía. La musa había acariciado con su aliento á la mitad de la familia.

Renato hallaba su juventud ociosa y llena de hastío y no le faltaba razón. Nada le atraía: ni la carrera eclesiástica, ni la marina, ni el servicio militar. No quería obedecer. Su madre le hizo notar prudentemente la necesidad de que se ocupase en algo. Habló de hacerse colono en el Senegal y el padre le aprobó sin dejar de gruñir. En esto llegó una carta, y después de leerla, el padre de Chateaubriand llamó á su hijo y le dijo:

« Caballero, ya es hora de renunciar á vuestras locuras. Vuestro hermano ha obtenido para vos un nombramiento de subteniente en el regimiento de Navarra; vais á partir para Rennes y de allí pasaréis á Cambrai. Aquí tenéis cien lises. No los malgastéis. Estoy viejo y enfermo y no me queda mucho tiempo de vida. Conducíos como hombre de bien y no deshonréis vuestro nombre. »

Dicho esto le entregó su vieja espada.

Esperaba á la puerta un carruaje. Renato partió lanzando una última mirada á su madre y á Lucila.

No volvió á Combourg sino tres veces: á la muerte de su padre (1786); dos años más tarde acompañó á su madre que deseada amueblar el antiguo castillo para uno de sus hijos recién casado y para su nuera. No llegaron á ir porque ambos subieron al cadalso. Su tercera peregrinación á la casa solariega la realizó antes de embarcarse para América. No volvió más á él.

Al marchar la primera vez á Rennes, tuvo ocasión de compartir una silla de posta con una modista que volvía á París. Refiere más tarde que se mostró con su compañera de viaje tan fríamente severo, que ella debió juzgarle tonto.

En París encontró á su hermano mayor, procurador del Rey, desposado con la Srta. de Rosambo, nieta del Sr. de Malesherbes, y á su hermana Julia, casada con el Sr. de Farcy. Después de un corto viaje á Combourg, con motivo de la muerte de su padre, volvió con su hermana Lucila. Presentado en la corte, tuvo el honor de subir en las carrozas del Rey para asistir á la caza y cometió algunas faltas contra la etiqueta. Nuestro joven maluno sintió profundamente la impresión de este primer contacto con la corte y con París, y expresó sus impresiones con mucho ingenio y gracia en *los Natchez* (viaje de Chactas á Francia). Fué acomodándose poco á poco al tono de aquella sociedad para la que le había preparado muy mal su ruda Bretaña. Lucila repre-

sentaba comedias en casa del Sr. de Malesherbes con su hermano y su cuñada. Renato fué simpático al gran ministro, á quien dió á conocer su propósito de ir á América á fin de descubrir el paso del Noroeste. El Sr. de Malesherbes juzgó la idea interesante y le procuró libros y mapas.

Volvió Chateaubriand á Versalles. Lo que de sí mismo cuenta lleva siempre el sello de la exageración. ¿Cómo pudo escribir que la reina María Antonieta le había dirigido una sonrisa al pasar y que, en 1815, cuando se exhumaron las cabezas cortadas durante la Revolución pudo reconocer la cabeza de la reina merced al recuerdo de aquella sonrisa y á la forma de aquella boca? Es éste uno de los rasgos de su imaginación presuntuosa y atrevida.

En esto estalló la Revolución. Desde 1789 el caballero de Panat quiso llevarle á la emigración, al partir los Sres. de Lally y de Monnier. Pero Renato estaba enamorado, y se quedó. Dos años después declaró:

— No hay aquí nada que hacer; el rey está perdido; hago como aquellos puritanos que en el siglo xvii emigraban á Virginia; me voy á los bosques. Emigro del mundo. Moriré en el camino ó volveré siendo algo más que lo que soy.

Poseía gran dosis de energía, una tenacidad sólida, una voluntad decidida y resuelta, muy gran conciencia de su propio valer, lo cual le impedía formar modesta opinión de su persona. Más tarde, en 1791, escribió, refiriéndose á este viaje á América:

— Entonces era yo como Bonaparte un pobre subteniente enteramente desconocido. Partíamos uno y otro de la obscuridad por la misma época: yo, para buscar la fama en la soledad, y él para buscar su gloria entre los hombres.

Es un rasgo curioso de su espíritu esta preocupación y estos celos persistentes. Bonaparte fué á la vez su enemigo y su modelo. Envidió su destino de estruendo y de gloria heroica. Coqueteó siempre con aquel genio á quien saludaba y tenía envidia como si se tratase de un hermano. En el teatro de la fama, Napoleón fué para él como un jefe de fila que impide á su segundo hacer valer su mérito.

Al fin de su vida escribió:

— Varias veces me amenazó Napoleón con su cólera y con su poder, y sin embargo se sentía arrastrado por una secreta inclinación hacia mí, de igual modo que yo experimentaba una involuntaria admiración hacia lo que había en él de grande. Si yo hubiera querido, lo hubiera sido todo durante su gobierno.

Esto quiere decir: «Yo valía tanto como él».

Napoleón por su parte se sentía como atraído por aquel genio afín del suyo al que no declaró la guerra. Cierta día en una exposición de pintura habían descolgado los organizadores el retrato de Chateau-

briand por Giraudet durante la visita imperial. El emperador lo echó de ver y reclamó el cuadro. Ante aquel lienzo de tonos fuertes y negros, dijo con tono de broma:

— Chateaubriand parece un conspirador que baja por la chimenea. ¿Qué hizo en América? Se paseó. Vió á Washington. Visitó el Niágara, las tumbas de Natchez y las orillas del Meschacébé: un mundo dos veces nuevo, á causa de su descubrimiento casi reciente y de su revolución.

En breve abriremos su cartera de viaje que terminó en el momento en que supo por un periódico inglés la huida de Luis XVI y el suceso de Varennes. Habíase detenido á orillas de un riachuelo en una granja edificada con troncos de árboles.

Llegó la noche; la habitación sólo estaba alumbrada por la llama del hogar. Mientras la huésped preparaba la cena, leyó un periódico inglés que había caído al suelo y que llevaba en letras gruesas: *Flight of the King* (Huída del Rey). Era el relato de la huida de Luis XVI, de su prisión en Varennes y de la emigración de los nobles. Resolvió volver á Francia.

En el prefacio de los *Ensayos*, explicó:

No aprobaba la emigración en principio; pero creí que era un honor para mí compartir aquella imprudencia. Llevando el uniforme francés, no debía pasearme por los bosques del Nuevo Mundo, cuando mis camaradas iban á batirse.

Dirigióse á Filadelfia y diez y ocho días después, tocaba en Aurigny y poco después en el Havre.

En julio de 1792 partió con su hermano para ponerse á las órdenes de la emigración. Costóle gran trabajo hacerse alistar. Por más que repetía que llegaba expresamente del Niágara para defender á Luis XVI, los oficiales estaban tan admirados como los americanos cuando llegaba de Saint-Malo para buscar el paso del Noroeste.

Al fin tomó parte en la batalla de Thionville y fué recogido sin fuerzas por los furgones del príncipe de Lille.

Al pasar por París, se había casado, á fines de marzo de 1792, con una amiga de Lucila, la Srta. de Lavigne. La bella é ingeniosa Madama de Chateaubriand fué como un rayo de luz perdido en la gloria de su marido. Se vió venerada y abandonada por él. Era, como su esposo, maluina. Lucila, su grande amiga, arregló el asunto y Chateaubriand se dejó llevar. Á este propósito declaraba:

— En mí el hombre público es inquebrantable; pero el hombre privado se halla á merced del que quiera apoderarse de él.

Su esposa era amable, amorosa y risueña. Cierta noche en que Fon-

tanés y Joubert no habían dejado de hablar de cuestiones pedagógicas que ningún interés tenían para ella, murmuró medio bostezando:

L'ennui naquit un jour de l'université¹.

Tenía un ingenio encantador, como se echa de ver por esta carta que envió desde Venecia á Joubert en 1806:

Os escribo á bordo del León de Oro, porque las casas de aquí son como barcos que están siempre anclados. En Venecia se ve de todo, excepto tierra. Hay sin embargo un rinconcito llamado la plaza de San Marcos á donde van á secarse por la noche los habitantes.

La compañía de una mujer que escribe de este modo debía ser muy agradable, pero Chateaubriand no abusó de ella.

Habitaron en el callejón sin salida Férou. Ella no tenía la fortuna que se figuraba Madama de Chateaubriand madre. Como su hijo tenía necesidad de fondos para emigrar, se dió al juego y perdió lo poco que tenía. Así es que se encontró sin recursos en Bruselas donde le depositaron los furgones del príncipe de Ligne, con un morral, un fusil viejo inglés y el lío de manuscritos que había traído de América. Pudo llegar á Ostende y después á Jersey, donde le dejaron por muerto. La mujer de un pescador se compadeció de él y le recogió; al fin pudo llegar á Londres, donde vivió miserablemente haciendo traducciones y viviendo con muy poca cosa. Por la noche trabajaba en su primer libro el *Ensayo histórico sobre las Revoluciones*. Su vida fué entonces muy penosa y hasta llegó á tener hambre; atormentábale la fiebre, no dormía y chupaba pedazos de lienzo mojados en agua para engañar el hambre; mascaba hierba y papel y no se atrevía á mirar á las panaderías. Cierta noche de invierno estuvo dos horas plantado ante un almacén de fruta seca y de carnes ahumadas. « Me hubiera comido, dice, no sólo los comestibles, sino hasta las latas y cestos. »

Es de esperar que según su costumbre exageraba al hablar de este modo. Por aquella época, su tío de Bédé, á quien había encontrado en Jersey le envió cuarenta escudos: se figuró que recibía todo el oro del Perú y pudo comer. Albergábase en una buhardilla cuyo tragaluz daba á un cementerio. Allí supo la ejecución en el cadalso de su hermano mayor y de su cuñada, así como de su ilustré amigo el Sr. de Malesherbes. Supo que su madre estaba presa y que toda su familia se veía perseguida y diezmada. No era el mejor momento para volver.

¹ Nació un día el hastío de la universidad.
Para comprender la gracia y el chiste de este verso hay que tener en cuenta que es sólo una variante del famoso verso de Boileau:

L'ennui naquit un jour de l'uniformité. (N. del T.)

Entonces, gracias al periodista Pelletier, recibió el encargo de traducir documentos góticos para una sociedad arqueológica del condado de Suffolk. Allí tuvo una amable aventura. Una caída del caballo le obligó á permanecer algún tiempo en casa de un pastor llamado Yves cuya hija se enamoró de él hasta el punto de que su madre se creyó en el caso de ofrecerle su mano. « Deteneos señora, ¡estoy casado! » exclamó Chateaubriand, que echó á correr mientras la pobre enamorada caía sin conocimiento.

Volvió á Londres para publicar el *Ensayo* (1797) que le valió algunas relaciones entre los emigrados, como los de Lamignon, Sra. de Lindsay Malouet, Panat, el abate Delille y sobre todo el Sr. de Fontanes á quien había encontrado en casa de Malesherbes y con quien entabló una estrecha y duradera amistad. Comían juntos en una obscura taberna de Chelsea y Fontanes le decía:

— ¡Trabajad! ¡haceos ilustre! ¡Podéis lograrlo!

El 18 de Brumario volvió Fontanes á Francia y Chateaubriand se sintió nuevamente aislado. Agravóse su melancolía con la noticia de la muerte de su madre, seguida de la de su hermana Sra. de Farcy que le había escrito, cumpliendo la suprema voluntad de su madre, una carta conmovedora. Causáronle vivísima impresión estas catástrofes. Abjurando de algunas libertades que se había tomado en el *Ensayo*, se hizo cristiano ferviente y comenzó á escribir el *Genio del Cristianismo*¹.

Era entonces Bonaparte primer cónsul y Fontanes llamó á su amigo á París. Volvió Chateaubriand á Francia con el manuscrito de los *Natchez*, bocetos de *Atala* y de *Renato* y algunos pliegos compuestos del *Genio*. Dejó sus demás manuscritos en una caja en su casa de huéspedes de Londres. Aceptóle como compañero de viaje la Sra. d'Aguesseau y desembarcó en Calais el 8 de mayo de 1800 bajo el nombre de Lassagne.

Fontanes le atendió, le llevó á casa de Joubert que le dió albergue y le puso en relación con el editor Migneret para la publicación del *Genio*. Era á la sazón un desconocido. Nadie había leído el *Ensayo*. Escribió en el Mercurio un artículo acerca de Mad. de Staël y desglosó del *Genio* el episodio de *Atala* que apareció en 1801. Al día siguiente era célebre. « Me sentí embriagado » dijo. En medio de sus desolaciones tuvo grandes alegrías y se las procuró su popularidad. Gustábale el ruido que hacía su nombre. Presentóle Joubert entonces á Mad. Paulina de Beaumont cuyo salón reunía á los hombres más distinguidos de la época. Allí reinó durante dos años. Su amiga le instaló en Savigny donde acabó su obra magna *El Genio del Cristianismo*, que apareció

¹ Existen varias traducciones del *Genio del Cristianismo*; algunas son verdaderos horrores literarios como la que tan graciosamente vapulea Juan Montalvo en su libro: *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. (N. del T.)